

SECCION II.

SECCION II.

LA MORAL EN LA NATURALEZA.

CAPITULO I.

La Moral en la Naturaleza.—El bien y el mal, premios y castigos.

Estres físicos, bienes y males; gozes y penas.

Vicios y virtudes; animales y plantas buenos y malos.

Multiplicados, como deben ser, los designios de Dios en las obras visibles, por esa gran ley de la diversidad, y estudiados ya los fines dogmáticos que se descubren en esas obras, vamos á ver ahora los grandes designios morales que bajo otro diverso aspecto en ellas resplandecen. Y así como bajo un aspecto encontramos que es el Universo un libro de dogma, abierto para todos, veremos que ese libro con sus palabras de múltiple sentido es tambien un tratado de Moral; tratado magnífico en que el apólogo,

los símbolos y las alegorías están al alcance de la inteligencia de todos sus lectores.

En este nuevo estudio resulta otra vez justificada la Religión por la Naturaleza.

El gran Legislador que nós ha intimado *«diverte á malo et fac bonum»* no se contentó, pues, con estampar su ley en nuestros corazones. Qui- so más cuando criaba el Universo, cuando pre- paraba los cielos, cuando á su voz brotaban las plantas, y los animales en tan variadas castas entraban á poblar los aires, las aguas y las tie- rras; el Artífice Legislador trasladaba á estas obras visibles la promulgacion de los preceptos y consejos de la ley que iba á imponer al hombre. En ausencia del Artífice, la obra quedó encar- gada de una hermosa predicacion; semejante á un ameno drama en que el autor quisiese ense- ñar á los espectadores la ciencia por completo del *bien* y del *mal*, el Universo cumple, desde el día de su estreno, con enseñar, deleitando, el bien y el mal á todo hombre que viene á este mundo.

Hé aquí por qué admirando en la obra de Dios, de una parte lo proporcionado, lo bello, lo amable, lo dulce, lo humilde, lo tierno, caracté- res repartidos en diversos personajes, observa- mos de otra los que representan el carácter de

lo deforme, lo feo, lo odioso, lo duro, lo soberbio, lo cruel. Y es tan vasto ese gran drama, que no hay ideal ninguno, por indefinido que sea, por delicadas que sean sus lindes, que no esté bosque- jado y pincelado con el más perfecto trazo y colorido.

Solo recurriendo á sentar la *tésis* de que Dios tuvo en las obras físicas grandes designios mo- rales, ó para continuar nuestra metáfora, el pro- yecto de un gran drama, se podrá resolver defi- nitivamente esta objecion de los ateos: ¿por qué en el Universo físico se encuentran seres defor- mes, feos, monstruosos, horribles, dañosos, crue- les, seres que representan todos los caractéres del mal?

Si Dios es bueno, bello, amable y sábio, ¿por qué en su obra se encuentran tales rasgos de maldad, de fealdad, de odiosidad é ineptitud? Este argumento es arma no solo de los ateos para negar á Dios, sino de los maniqueos anti- guos y modernos para oponer al Dios bueno un Dios malo.

Repetimos: esta cuestion que ahora y hace siglos ha sido objeto de interesantes debates en- tre creyentes é impíos, tiene, á nuestro ver, más expedita solucion si para darla se plantea esta pregunta:

¿Tendría Dios designios morales en sus obras físicas?

¿No?... Pues entonces os salís del supuesto de que Dios es muy sabio; del sabio es subordinar á lo excelente lo ménos excelente.

¿Si tuvo esos designios?... Pues entonces reconoced en la invención de los caracteres malos que sirven al realce de los personajes directos, la perfección del drama.

Es hermoso y magnífico el espectáculo que ofrece el Universo con los variados caracteres de sus personajes, ya sirvan al triunfo de la virtud, ya á presentar con vivos colores lo odioso del vicio. ¿Qué vicio no tiene su personaje? ¿qué virtud no tiene el suyo?

No parece sino que la ciencia de la Moral se ha modelado á *posteriori* sobre la observación de las figuras que ofrece la historia natural. No decimos mejor de un soberbio, sino que es un león; de un hombre sanguinario, que es un tigre; una hiena, una pantera; el oso simboliza la más vil lujuria, el cerdo la más inmundicia abyección, el asno la más estúpida pereza; es el lobo geloso y rapaz, el escorpión un vengativo ciego; la serpiente el emblema de la más astuta y refinada perfidia; el amor ligero é inconstante no tendrá una metáfora tan expresiva como la de

una mariposa. Por el contrario, el varón humilde, manso é inofensivo, es un cordero; la mujer fiel, casta y sencilla, es una paloma; el generoso corcel no descansará, si quiera espire, en su fatiga; la hormiga nos enseñará la prevision, la abeja el trabajo asiduo; y ¡qué símbolo más admirable de lealtad, que el perro, el amigo del hombre!

Entre los otros seres, será tan puro un corazón como la azucena del valle ó como el lirio que crece junto á las aguas; la violeta no solo será modesta sino la misma modestia; la adelfa ofrecerá el emblema de una páfida beldad.

El campo sin cultivo solo nos dará ingratos abrojos y punzantes espinas; el cultivado, en que se siembra buen grano, nos dará uno treinta, otro sesenta, otro el ciento por uno. El grano separado de la paja será guardado con gozo en la panera; pero la paja será echada al horno y allí arderá. Si no podamos el árbol se secará; si no cuidamos de ingerir buena vid no cogeremos uvas sino agraces.

El rio si no llega á la mar se extingue en su camino. La corriente mansa, engaña. La sed ansiosamente satisfecha será luego una fiebre que devore.

No habrá gozo cumplido; llegáremos al gozo

por medio del trabajo; no cogéremos sin dolor la fresca rosa, porque su tallo está erizado de espinas; no comerémos las más delicadas frutas, sin romper la dura corteza, ó sin mondarla; y si la corteza no nos ofrece obstáculos, en compensacion la fruta no llegará á su madurez si la paciencia del hombre no la fomenta con el calor artificial; de estas frutas son las anonas, las chirimoyas, los bananos, las peras.

Fácil cosa es enderezar el tronco del arbolillo tierno; mas, si el tronco crece sin correccion, ¿quién habrá que lo enderece despues?

No son los árboles frondosos los que dan mejor fruto; no son las flores perfumadas las más vistosas.

Con razon los poetas, sin comprender quizá cómo pudo ser, han escrito tratados completos de Moral, con solo sus apólogos y fábulas.

CAPITULO II.

Crianza física, crianza moral.—Enfermedades, degeneracion moral.—Los Sacramentos.—Continuacion de lo anterior.

Pero hay semejanzas y armonias entre lo físico y lo moral, en que es el hombre quien presta la principal materia de observacion, sin que por esto dejen de ofrecerla en menor escala las otras especies.

El nacimiento, el crecimiento, las enfermedades, la degeneracion, la muerte, el remedio, la curacion, tienen correspondencias admirables del orden físico al moral; leyes semejantes á las que rigen en el orden físico para todos estos sucesos, crisis y vicisitudes de la vida, se encuentran en el orden moral, que viene á ser la realidad de lo que en el físico es como la figura.

No tenemos que ponderar la semejanza de fases entre estos dos órdenes, pues la misma incredulidad, del materialismo principalmente, está de acuerdo con nosotros, y tanto, que esas armonías son la base de la objecion que se hace para reducir la vida del alma ó de la materia. Lo que sí admiramos y no cesaríamos de encarecer, es el invento sobrenatural que de esas relaciones ha hecho el Cristianismo y el Cristianismo católico romano.

Y no se nos diga que ese descubrimiento era fácil; porque, si lo era ¿cómo es que ningun fundador de religion supo explotar tan hermosa ley?

La doctrina moral dogmática y la moral práctica, exclusiva de la Iglesia Católica Romana son tan completas, que no puede darse sistema mejor cabado; y tan armónico con el orden físico, que un tratado de Moral dogmática, teórica y práctica, es en su esfera lo que en las ciencias físicas uno de medicina, teórica y práctica; y uno de vida ascética, lo que en las ciencias físicas uno de higiene. Esta es nuestra tesis; vamos á examinar los hechos particulares.

Vivir, en el orden físico, es gozar de vida, es crecer, es sentir, es tener las facultades del creer y del sentir en ejercicio. Así es tambien la vida en el orden moral. El gran principio que sentó

la ciencia cristiana, fué que todos estábamos muertos ó, si se quiere, de tal manera enfermos que nuestra muerte, sin el remedio proporcionado á la enfermedad, era segura. El sentido íntimo del hombre responde de la verdad de nuestra enfermedad y de sus síntomas: *«video meliora proboque, deteriora sequor.»* Esta enfermedad es orgánica y hereditaria; así es que era necesario trasformarnos, regenerarnos; era necesario renacer, era necesario que se obrase en nosotros una espiritual regeneracion en que se nos diese el ser de gracia. Nicodémus, maestro en Israel, no advertía esto, y á la verdad mereció que el Cristo le extrañase la ignorancia de una tesis que es un hecho de sentido íntimo.

Bajo tal aspecto es el *Bautismo* la más lógica de las instituciones; y, la armonía que existe entre los dolores del parto de una madre y los dolores del Cristo, que no cesaba de repetir cómo le era necesario; cómo era su ardiente deseo el padecer, es la más hermosa y profunda de todas las armonías. El Génesis de Moisés es por mil títulos una profecía: esas palabras *«in dolore paries filios tuos,»* eran por cierto figurativas de la pasión del Redentor, de los dolores de María y de las persecuciones de la Iglesia, de esa Iglesia que para convertir á los católicos, para parir sus

hijos, rebosó en sangre. Extraño hubiera sido en verdad castigar á la mujer en el parto de su fruto, cuando en todas las funciones naturales, no vemos sino el placer; todos los actos que en la Naturaleza interesan á la vida y á la conservación de las especies, tienen el incentivo de una agradable sensación. El parto con dolores y angustias no es una cosa natural; el parto con dolores es sin duda un fenómeno antinatural y misterioso. ¡Hé aquí el dolor convertido en gozo, hé aquí á la muerte dando vida! ¿Qué otra cosa es el dogma del Bautismo?

Continuacion de esa armonía es la de la crianza moral y religiosa ó, digamos, la del entendimiento y la del corazon. Pero si quisiéramos buscar las armonías de aquellas verdades morales que aceptan los creyentes de cualquiera religion, poco ganariamos; sea nuestro empeño ver si la religion católica romana sostiene con mayor ventaja en este punto el criterio que nos hemos impuesto.

Para vivir se necesita el alimento; no es posible sostener la vida sin alimentarse. Los alimentos ahí están á disposicion nuestra, mas no á disposicion de los pequeños; los pequeños nada comerán que su madre no haya preparado primero en sus entrañas; quien dijese «déjese al

pequeño comer lo que comen sus mayores, lo que come su madre,» sería un homicida. Así en en el órden moral: la doctrina celeste que nos trajo el Verbo, y que esparció en el gran campo de las Escrituras, es el alimento de los que quieren vivir, es el pasto de las ovejas y de los corderos que no quieren morir de hambre; pero ese pasto, aunque para todos, no ha de entrar en nuestras entrañas de igual manera para todos. Pazcan en los campos las ovejas, acudan los corderos á los pechos de sus madres, de ellas han de recibir en más sencillo manjar el pasto de los campos. Así los que han de alimentarse con el pasto celeste: las ovejas ó los Obispos, ahí tienen las Escrituras; los corderos ó simples fieles, ahí tienen la predicacion de sus Obispos. ¿No así? Pues entónces el autor del órden fisico sería más pródigo que el autor del órden moral y religioso, y este absurdo y esta inarmónica disonancia es para los que no oyen la voz de la Iglesia católica romana.

Desde este punto de vista se nos ofrece otra armonía no ménos admirable en favor de la Iglesia romana. En el órden fisico la gran necesidad de la alimentacion, fuera del órden natural ó de familia que establece la subordinacion de los pequeños á sus madres, tiene por fuerza que suje-

tarse á la ley secundaria ó, si dijéramos, ménos natural de la sociedad civil.

A la hora en que los individuos, orgullosos con el patrimonio de ese mundo que Dios les entregó con sus yerbas, frutos y animales para que se nutriesen, quisieran cada uno de por sí buscar para su persona lo que necesita para la vida, el género humano moriría de hambre; todos se arrebatarían unos á otros los medios de vida; el mundo entero sería un campo de batalla y uno no entendería la lengua del otro. Esto es, pues, obvio: la gran ley de la alimentacion ó de la crianza física del hombre, supone y exige la sociedad civil, el gobierno de una autoridad que esté sobre las madres y los pequeños, los padres y sus hijos.

¿Será la figura superior á la realidad? O, si no se concede que el mundo físico sea la figura del moral, ¿sería Dios ménos pródigo y ménos fecundo en establecer relaciones de dependencia y subordinacion para repartir el pan del cuerpo que el del espíritu?

Y no se diga que tratándose del órden moral ó cristiano, ó sea de la ley de gracia, la excelencia y perfeccion consiste nada ménos que en la libertad de conciencia y de conciencia, en la liberacion de autoridad, subordinacion y dependen-

cia, en la ausencia de intermedios humanos entre el hombre y la gracia de Dios. Léase el Evangelio, y es todo lo contrario, y esencial y *constitucionalmente* lo contrario.

El plan del Evangelio es modelar el órden y gobierno moral por el mundo físico y natural. En el Evangelio la gracia de Dios es la *semilla* y la semilla es la *palabra*, la gracia viene, pues, con la palabra, con la predicacion. El *sembrador* esparce la semilla, ó el *pastor* guía las ovejas al pasto. El agua es el signo de la limpieza, de la ablucion espiritual. Los que para predicar la doctrina eran los sembradores ó pastores, para bautizar son los médicos, para atar y desatar son los enviados, los plenipotenciarios. El Cristo habla á los pequeños en enigmas para que no entiendan, ¡qué paradoja!, y despues á los nuevos padres de familia, á sus apóstoles, todo se los declara. Y ¿por qué así? Para que los pequeños pidiesen el alimento á sus nuevos padres. El Cristo no figuró á su Iglesia con el emblema de un enjambre de abejas ó de hormigas, repúblicas de *fraternidad*, sino con el de una monarquía *paternal* de autoridad absoluta. Su Iglesia es un rebaño con un solo pastor. Nótese bien: este pastor no es ya Jesucristo. Jesucristo es el dueño del rebaño, pero no ya el pastor. Ahora

en este valle donde pacemos, es el pastor aquel á quien Jesucristo dijo *"apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos."* Jesucristo en todo caso será el pastor que tiene el gobierno invisible, pero el pastor visible es Pedro; bien así como el que dá la leche al niño en último resultado es Dios, pero la madre del niño será como su Dios y su providencia en la tierra.

Prueba más, de que Jesucristo quiso modelar el orden religioso por el físico en el sistema de reparto del alimento espiritual, fué, que al rodearse de sus Apóstoles, los hizo como sus intermedios y ministros en la dispensación de sus gracias, de su palabra y de su gobierno: *"lo que os digo en lo oculto, decíldo sobre los tejados," "el que os escucha á vosotros, me escucha á mí," "lo que atáreis ó desatáreis en la tierra, será atado ó desatado en el cielo," "vosotros sois la luz," "como me envió mi Padre, así os envío á vosotros."*

No hay duda; el orden religioso del Cristianismo se modeló por el orden físico, en cuanto á la economía del alimento espiritual. Y así como en el orden físico, la necesidad de la alimentación supone el orden civil y el gobierno, así también en el orden moral, supone la sociedad y el gobierno eclesiásticos. Solo debemos advertir, que no fué lógicamente el orden moral el que se mo-

deló por el físico, sino al contrario: Dios estableció en el orden físico como una figura del moral, y, de consiguiente, el orden físico que apareció con prioridad de tiempo se modeló por el moral; y éste, aunque apareció con posterioridad de tiempo, fué el primero en prioridad de razón.

De suerte que, cuando el Criador hacía nacer las yerbas y formarse la leche en el pecho de las madres, y hacía las ovejas tan mansas y adaptables al gobierno del hombre, que las sirviese de pastor, ya obraba así porque necesitaba, supuesto su designio, de hablar al hombre por los sentidos y con parábolas, criar un campo vasto de seres en que las figuras y las parábolas estuviesen á mano para servir á su orden preferente y primero en su pensamiento: el orden moral. Hermoso orden de cosas en que la verdad religiosa puede inquirirse alternando el rigor del raciocinio con los más dulces afectos del corazón.

CAPITULO III.

Continuacion de lo anterior.

Arnetas del orden fisico con otros aspectos del orden moral.

Naturalidad de los otros Sacramentos

Si examinamos la naturalidad ó sea lo razonable de los otros sacramentos, nos sorprenderemos de dos cosas: es la una, el encontrarlos muy en armonía con el sistema de la vida física; es la otra, el reflexionar cómo siendo tan natural la institucion ó, digan los disidentes, la invencion de los otros sacramentos, lo mismo que la del Bautismo, no ocurrió nunca á inventor alguno ó reformador de religiones establecer así su sistema. Y sobre todo, cómo no le ocurrió darle ese carácter dogmático y tan trascendental,

cual se dá en la religion católica romana á todos los Sacramentos. Como se da al de la regeneracion ó sea el Bautismo; al de la corroboracion ó sea la Confirmacion; al del remedio ó medicina ó sea la Confesion; al del gusto exquisito cual es el de la Eucaristía; al de los últimos remedios ó sea la Extremauncion; al de la paternidad espiritual civil, ó sea el Orden; al del amor espiritual y tambien de la paternidad doméstica espiritual, ó sea el Matrimonio.

Hemos ya hablado del Bautismo; dirémos algo de los otros Sacramentos.

Consecuente la religion católica romana, á una con su divino fundador, en considerar la vida del hombre como una lucha, por que ese es nada ménos el secreto de lo que en el hombre se llama el vivir, cuenta como un Sacramento; como una especie de gracia especial, lo que llamamos la Confirmacion.

En otro lugar nos ocuparemos en la armónica naturalidad de la parte exterior de los Sacramentos, ahora debemos ocuparnos solo en sus armonías bajo el aspecto de lo invisible, digámos así.

Por lo que ve á la Confirmacion era, pues, muy conforme con el sistema físico, el que Dios no nos diese los aumentos de vida espiritual ni

nos ayudase de una sola vez para todas sus crisis y viscositudes. Si Dios no cria, ni hace aparecer de un golpe todos los seres, sino que es su estilo, digamos así, es el secreto de su conducta proceder por crisis, viscositudes y gradaciones, valerse de unas criaturas para las otras, ¿podríamos conocer su estilo en ese nuevo cielo y en esa nueva tierra que anunció Isaías, si no viésemos un proceder semejante en el mundo moral?

Pudiera Dios de un solo golpe haber puesto su obra en plenitud de vida, pero ya vemos que no lo hace así. No se extrañe, pues, reconózcase, por el contrario, la obra de Dios en distribuir su gracia bajo la ley de las crisis, gradaciones y viscositudes. A esa ley se sujetan la gracia del renacimiento, la de la virilidad ó para el combate, la de la medicina ó para la enfermedad, la de las bodas místicas, la del último remedio, la de la paternidad civil y doméstica; gracias todas ó sacramentos que para la vida moral, espiritual ó mística son lo que el poder criador de la Naturaleza en la generacion física, la pubertad, la convalecencia por los remedios ó sea la curacion, el amor conyugal, las crisis mortales, la paternidad civil, la paternidad doméstica.

Si hay algunas irregularidades en estas armonías no vienen sino de las diferencias especiales

entre los dos órdenes, así como de los multiplicados designios que en cada sér se encuentran, según desde el principio lo hemos dicho.

En cuanto al Sacramento de la Confesion, desconocer su naturalidad armónica, equivale á tanto como el hombre rústico desconocer el poder de la ciencia médica. Por más que Dios sea quien sane y que pudiera haber omitido las yerbas y las sustancias medicinales, reservándose el curar directamente, es el hecho que hay, á no dudarlo, yerbas y sustancias admirablemente medicinales, y hombres que profesan y saben aplicarlas consiguiendo con ellas la salud del enfermo.

Enfermedad de muy mayor valía es la del alma, ¿ó no es enfermedad el pecado? ¿Y el autor del alma, que le dió medicinas y médicos para su cuerpo, no se los daría para el alma? ¿O Dios se reservará en lo invisible la medicina, y el Invisible no instituirá médicos intermedios?

No es este en el órden físico el estilo de Dios; ménos lo puede ser en el moral. De mayor valía es este, y en él por consiguiente, el sistema de intermedios y el órden de servir unas criaturas á otras para comunicar los dones del Salvador, conduce admirablemente á excitar en el hombre el concepto de la grandeza del beneficio.

La Escritura ha dicho; (Ecco. 38) «Honra al médico, por que le necesitas, etc.».... Y si hablando de los médicos y medicinas para el cuerpo, estas palabras son notablemente conformes con la ciencia, lo son más si en ellas se ven predichos las medicinas y los médicos del mundo moral que el Cristo sacó de la nada.

En el Sacramento de la Eucaristía, que, bajo su aspecto armónico, hemos llamado ya el «del gusto exquisito,» ya el «de las bodas místicas,» encontramos la realizacion de lo que en el mundo físico es la comida delicada, el festín, el amor conyugal.

Así como en la vida del cuerpo ó de los sentidos encontramos dotado al hombre no solo de alimentos que le corroboren, sino de aquellos más delicados que le sirven de refrigerio, de recreo, de delicia, como el vino, las frutas y la miel, y el hombre encontraría penoso el vivir sin estos dones de la Naturaleza física; así como el hombre necesita (si no es que goce de un sobrenatural privilegio) de esa compañera de sus días y de su suerte, sin la que la vida le sería demasiado seria, demasiado dura; así como la mujer necesita el amparo del varon, sin el cual sería todo frívolo ó enemigo para ella; así con mayor razon en la vida del alma: no sostendría el hom-

bre la carga de los preceptos y consejos con que ha de vivir, si no es que se le diese á probar ese vino que refrigera, ese dulce fruto del árbol de vida, esa miel tomada de la boca del leon, "*de forti egressa est dulcedo*;" no podría soportarla si no es que para apartarle del excesivo amor de los sentidos que daña á su vida moral, se le convidase con esos amores en esas bodas místicas de aquel esposo celeste.

Se nos dirá: fallan aquí vuestras armonías; ¿qué manjar delicado, que vino refrigerante, qué bodas místicas para la vida moral conoció el hombre ántes del Cristianismo?

Respondemos: y ¿qué fué de la vida moral ántes del Cristianismo? ¿Qué espectros! ¡qué cadáveres! ¡qué horrorosa corrupcion! ¡qué amargura de gusto espiritual, qué desamor, qué orfandad y qué viudez de los espíritus! Lo mismo que vemos áun hoy día en los que son cristianos por el bautismo, pero gentiles en su conducta; vendrá el ardor de las pasiones ó del infortunio, y no habrán el vino que los refrigere; buscarán algun fruto suave que guste el paladar; y las bellotas holladas de los cerdos les harán sentir más el desecho de alguna delicia; se levantará en el alma el amor de una beldad incorruptible, y el amor será burlado siempre, por que á la

beldad eterna é infinita no quisieron demandar la sus favores.

Lo que dijimos de la Confirmacion y de la Confesion, es aplicable á la Extremauncion. Si este Sacramento guarda irregularidad careciendo de especial armonía con algo correspondiente del órden fisico, es por la diferencia que nada ménos va del cuerpo que muere al alma que no muere. En los últimos instantes del cuerpo moribundo, el estado del alma es el de la lucha decisiva en que ha menester fuerza y de consiguiente salud. Por eso hemos clasificado este Sacramento, en su armonía con el órden fisico, entre la Confirmacion y la Confesion.

El Sacramento del Orden y el del Matrimonio, son, como hemos dicho, para la vida moral, lo que la paternidad civil y la doméstica para la vida fisica.

El órden de sociedad y de gobierno civil es á la vida fisica, lo que el sacerdocio á la vida moral. El órden temporal tiene su sociedad y su gobierno, es decir, autoridad por la naturaleza; el órden religioso debe tener análoga constitucion, y de consiguiente un sacerdocio y una gerarquía sacerdotal por la Gracia.

¿Qué sería de los débiles, de los enfermos, de los goces de la vida, de la propagacion de la es-

pecie humana, sin el gobierno civil? ¿Qué sería, pues, del orden religioso si la aplicacion de las *gracias* estuviese cometida á todos individualmente?

El hombre, que no valoriza el don ni el beneficio sino por la dificultad de obtenerlo, que no respeta la magestad de la autoridad sino á través de la gerarquía, la cual da realce y perspectiva á la elevacion moral, necesitaba el sacerdocio con la potestad de orden para la dispensacion ostensible de la vida moral, ó sea la gracia, con la potestad de jurisdiccion para organizar á su vez la potestad de orden.

La religion verdadera, ya en su primera época que se llamó de la Sinagoga, ya en su segunda que se llama «Católica romana,» excede bajo este aspecto á todas las demás: el *estilo* de Dios se encuentra en ella con exclusion de todas las otras.

Por último, en considerar el matrimonio como un Sacramento, es eminentemente razonable la religion de Roma.

En la vida moral tiene el padre su paternidad como en la vida física, participante como es del sacerdocio.

En el Matrimonio católico romano, los consortes, al procrear sus hijos, han de portarse como

quien da al mundo no tanto hombres como Cristianos; y Cristianos, no solo porque hayan de contarlos é inscribirlos entre los ciudadanos de la nueva Jerusalem, sino porque á fuer de partícipes del sacerdocio, son los padres los que han de conferirles el bautismo á reserva del párroco, son los que han de anunciarles la primera palabra de la *buena nueva*. Y si la Naturaleza da á los padres el alimento y el amor para que sus hijos vivan y crezcan; la gracia del Sacramento del Matrimonio les dará la inspiracion divina y el celo religioso á fin de que sus pequeños cristianos vivan y crezcan para el reino de los cielos.

de la mente se funda en la naturaleza de la materia y en la fuerza de la extensión. Y así como la materia es susceptible de movimiento y de reposo, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de figura y de color, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de peso y de gravedad, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de calor y de frío, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de dureza y de blandura, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de resistencia y de flexibilidad, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de división y de unión, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de aumento y de disminución, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de conservación y de destrucción, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de permanencia y de transitoriedad, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de actividad y de pasividad, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de independencia y de dependencia, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de libertad y de necesidad, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de igualdad y de desigualdad, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de similitud y de diferencia, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de semejanza y de disimilitud, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de igualdad y de desigualdad, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de similitud y de diferencia, así también lo es la mente. Y así como la materia es susceptible de semejanza y de disimilitud, así también lo es la mente.

El pecado original.—El sudor del trabajo.—El parto y otras figuras de la Naturaleza física.

Si como el dogma del pecado original no hay quizá otro más inaccesible á la inteligencia, tampoco hay otro alguno, á nuestro parecer, en que las figuras y parábolas con que la Naturaleza física se empeña en convencernos de su verdad, sean más abundantes, más universales, más permanentes y en que la segunda intención esté más dé manifesto.

CAPITULO IV.

El pecado original.—El sudor del trabajo.—El parto y otras figuras de la Naturaleza física.

Así convenia; Dios es demasiado sábio y justificado para que negando á nuestra razon el comprender ese gran misterio, no la ofreciese un cuadro completo y animado de esas demostraciones que su providencia acostumbra desplegar

en la Naturaleza física, cuando quiere convencernos de una gran verdad moral que ha dejado entre sombras por razones que ignoramos. Y esa demostración física, aunque indirecta, es tan fuerte, tan convincente, tan sobradamente plena, como lo había menester ese dogma fundamental en que descansa todo el plan del Cristianismo. De manera que si el dogma del pecado original, de por sí es esquivo para que siempre nos estemos diciendo: "¿cómo es eso?" la Naturaleza sale garante de ser muy cierto eso que no entendemos.

Y ¿cuáles son los caracteres con que la Naturaleza demuestra el gran suceso del pecado original?

Ahí los teneis. Son esas enormes irregularidades, digamos así, que á fuerza de la costumbre no nos sorprenden, eso que llamamos y que nos parece tan natural y que no es ni deberíamos llamar sino rigurosamente *contra natural*. Esas enormes irregularidades son: el *sudor* del hombre para comer el pan, los *dolores del parto* de una madre y el lastimoso nacer de su hijo, la *muerte* del hombre, el *sistema hostil* ó de *anathe-ma* en que está la Naturaleza contra nosotros. Situación tan irregular y aflictiva, nos dice sin réplica: todo hombre ha pecado.

El hombre nace solo para sufrir; ¿quién lo negará? Y, sin convenir en una caída original, ¿quién explicará el carácter de la vida del hombre? Hallarán los leones presa en el desierto, recojerán las aves para sus hijuelos el grano entre la yerba de los valles, ó el fruto de los árboles y arbustos en la espesura de los bosques, y los leones se solazarán en sus correrías, y las aves triscando y gorjeando, apénas lo piensan hallarán el sustento.

¿Por qué solo el hombre no comerá el pan sino con afán penoso? ¿Por qué la grama de los valles y los madroños de la montaña nacen y crecen silvestres y sin cultivo, y el trigo ha de sembrarse y la vid ha de cultivarse con tantos afanes, y, si no es así, no comerá el hombre ni restaurará sus fuerzas? ¿Por qué el banano ha de necesitar de una mano que lo plante, y es así que el encino dará en abundancia bellotas insípidas que no se han menester?

¿Será porque así, ejercitadas las fuerzas del cuerpo y del alma del hombre, producirán la ciencia? Pero ¿qué! ¿era acaso preciso afligirle con tan duros trabajos y aflicción de espíritu, para darle un bien que exento de esas cargas pudo dársele? El trabajo que incitase á la ciencia, no nos sorprendería y convendríamos en lla-

marle obra natural; pero ese que arranca suspiros y que se impone al fuerte y al débil, sin que la aflicción dé lugar al provecho de la ciencia; ¡no, no es la obra sabia de la *Naturaleza*; es el castigo terrible é inexorable de una justicia sobrenatural, y este castigo es . . . para todos!

Y esa ley de la fatiga y de la aflicción para ganar el pan, tiene su más terrible cumplimiento en el estado social del hombre. El pobre de las ciudades recuerda, al punto que se le observa, la maldición divina que pesa sobre el género humano. La manera casi milagrosa con que comen tantos hijos de Adam en medio de la miseria de las grandes capitales, nos hace ver que la ley del *sudor* para ganar el pan, es de un orden *contra-natural* ó *sobre-natural*. Semejante es el estado de la humanidad toda, bajo este aspecto, al del pueblo judío disperso entre las naciones: estado extraordinario é irregular es el de los hijos de Adam. Nótese ahora si será la Biblia un libro inspirado.

Y esos dolores y angustias del parto de una madre, y el lastimoso espectáculo del nacimiento de su hijo ¿qué nos dicen?

Que si es natural el parir de una madre y el nacer de su hijo, no les es la manera terrible de ese parto y de ese nacimiento.

¿Qué designio tuvo Dios en que se presentase tan dolorosa escena precisamente á las puertas de la existencia, al entrar un hombre en la vida?

Los deistas y los disidentes todos, que rehusan suscribir al gran dogma de la culpa original, tendrán que emudecer cuando se les pregunte: «¿ese es vuestro Dios, el que ha puesto tantos horrores en el nacer de un niño *inocente*?» «No entendemos cómo ese Dios tenga entrañas de misericordia, ni cómo el autor de tan crueles angustias, sea el que crió las brisas de la mañana y las azucenas de los valles.» Ante el problema del hombre inficionado de la culpa original, el Dios de los deistas y de los demás disidentes de nuestra creencia, es un Dios *caprichosamente cruel*; el Dios de los católicos romanos es un Dios *soberanamente justo*. Avergüéncense los unos de este absurdo consiguiente á su incredulidad, complazcámonos nosotros de ver á la *Naturaleza* ayudándonos poderosamente á vindicar nuestro admirable y armónico *supernaturalismo*.

Pero hay otro misterio de que se espanta la *Naturaleza* y que le causa asombro, por más que sin cesar vea que se repite dentro de sus dominios: este misterio es la *muerte del hombre*, extraño episodio que siempre ha disonado en el hermoso idilio á que esa obra estaba consagrada.

Es un suceso tan irregular, tan triste, la infasta tragedia del *morir*, cuando en la obra de Dios el designio manifesto eran los *amores eternos*, la dicha incesante y perpétua, que admira ver á ese mismo hombre colocando entre los aforismos de su supuesta ciencia, éste: «el morir es lo más natural.» Error que da lástima; ¡tanto así el rey destronado se olvida de que su trono debió ser indestructible y de que á su frente estuvo destinada la corona de la inmortalidad!

¡No; el *morir* es tan ageno al plan primitivo del Criador, como grande é invencible es la aversion del hombre á esta espantosa crisis. Los suicidas, si no han perdido el juicio, son para la Naturaleza lo más inexplicable que pueda darse despues de la irregularidad de la *muerte*, y en ódio tiene á aquel tirano (el pecado del suicidio) entronizado por las pasiones humanas; en cuyo obsequio hay todavía quienes se abajen hasta decir: «*César, te morituri salutant.*»

A la vista de ese irregular y antinatural fenómeno de la *muerte*, podemos decir con sobrada razon: la bondad amable de Dios crió la Naturaleza para la dicha, sin miserias, sin calamidades, sin la *muerte*; ese fué su designio primero; la justicia adorable de Dios reformó la Na-

turalidad para el castigo; con miserias, con calamidades, con la *muerte*; ese fué su designio posterior; y la obra *natural* así modificada, vió establecerse en su seno un verdadero anti-naturalismo.

¿Qué es esto sino la intencional armonia del estado de culpa original de todo hombre, con la obra visible, que Dios quiso fuese en todo la figura y el emblema del Universo moral? Segunda vez nuestra admiracion reconoce ser obra de Dios ese libro que entre sus primeras páginas, explica el estado actual del hombre, con el cumplimiento de aquella amenaza «*morte morietis.*»

Por último. Hemos ya notado el aspecto de irregularidad y anti-naturalismo que reina en toda la Naturaleza, el sistema de hostilidad y de anathema en que se halla contra nosotros.

La tierra estaba destinada á producirnos flores, que nos embelzasasen con sus vivos colores y embriagante fragancia, frutas que regalasen el paladar, y á pesar suyo, digamos así, tuvo que obedecer el mandato de producir brojos y espinas.

¿Quién podrá reconocer la bondad amable y paternal de Dios en esas yerbas venenosas, en esas serpientes emponzoñadas, en esas fieras in-

domables, que tantas veces engañan, y muerden pérfidamente y despedazan con sus sangrientas fauces al rey destronado?

¿Qué hostilidad es esa? ¿Qué hemos hecho para que nuestro *Padre* que está en los cielos, Aquel que crió las azucenas inocentes y las tórtolas sencillas, haya desencadenado tantos enemigos contra los hijos de su corazón, contra sus hijos todos, aun los que apenas han salido del vientre y penden todavía del pecho de sus madres?

O Dios no es la bondad suma, ó todos los hombres hemos pecado; ¿en cuál extremo habremos de convenir viendo esa guerra que sin cuartel nos hace nuestro Padre?

Nosotros, adoradores de un Dios que se llama por excelencia «Caridad, Amor,» nosotros, que entendemos ser la Naturaleza un libro en que constan simbolizados los misterios de lo invisible, nosotros; que admiramos la armonía de la Biblia con los hechos del sentido íntimo y con la obra visible, no podemos menos de repetir con San Pablo: «*Omnes, peccaverunt.*»

Eso de considerar alterado el plan de la creación de la Naturaleza física, haciendo entrar en él la irregularidad de los males y las calamidades, no puede ser una quimera. El *siglo de oro*,

cuya memoria conservan y celebran todos los pueblos, es una rigurosa realidad, si hemos de conceder á Dios belleza, bondad, sabiduría y omnipotencia, si hemos de confesar á Dios un Padre omnipotente y todavía no puesto en el caso de ejercer justicia, ni de castigar, porque el hijo aun no pecaba. Tenía razón el Poeta cuando al celebrar el restablecimiento del dorado siglo, trazaba así sus caracteres:

.....nec magnos metuent armenta leones.
Ipsa tibi blandos fundet cunabula flores.
Occidet et serpens, et fallax herba veneni
Occidet.....

Lo repetimos: todos hemos pecado originalmente; la Naturaleza con su alegórico lenguaje no se cansa de sostener esa tesis, que el entendimiento del hombre no podría por sí solo poner á cubierto.

que manifiesta en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los

que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los

que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los

que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los

que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los

que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los
 que se han de celebrar en el mundo y celebran los

CAPITULO V.

*Los agentes físicos.—La gracia, la virtud, la reprobacion,
 la correccion, la penitencia en la Naturaleza.*

Una vez observado cómo el estado actual del
 hombre es el de caída ó de pecado original, y
 cómo ese dogma es tan necesario que sin él nun-
 ca explicáremos el hombre ni la armonía en que
 está con la Naturaleza, y tan fundamental que
 sin él fallan las bases de todo Cristianismo
 y de toda religión; ya no nos sorprenderá, si-
 no, por el contrario, encontráremos muy bien
 reclamado, muy lógico, muy consecuente el dog-
 ma de la gracia, ese dogma que ciertos espiritus
 preocupados afectan desdeñar como una teoría
 abstracta, escolástica y de un supersticioso mis-
 ticismo.